

La Ilustración Católica

SUMARIO.

TEXTO: Revista, por V. P. Nulema.—*Recuerdos de un viaje*, XVI, *Vuelta á Madrid* (conclusion), por el P. Fidel Fita, S. J., y D. Aureliano Fernández-Guerra.—*Viaje de recreo*, por Marco Polo.—*Recuerdos de la Gran Cartuja*, II.—*La rosa y la zarza* (fábula), por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—*Novela*.—*Anuncios*.

GRABADOS: Recuerdos de un viaje: *Brazo de bronce dorado que contiene la canilla atribuida á Santiago el Mayor*.—Viaje de recreo: Estaciones balnearias: *Vista de los baños de Ems* (Alemania).—Viaje de recreo: Estaciones de verano: *Vista general de Zurich* (Alemania).

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Seis meses. 16 rs.
Un año. 60 "
Cuba y Puerto-Rico.
Tres meses. 2 1/2 ps.
Un año. 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses. 11 fr.
Un año. 21 "
Filipinas y Méjico.
Seis meses. 3 1/2 ps.
Un año. 6

DIRECTOR: D. MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

Madrid, 28 de Agosto de 1880.

ADMINISTRACION: ESTRELLA, 7, SEGUNDO IZQUIERDA.

Época 2.^a—Año IV.—Tomo IV.

NÚMERO 8.^o

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

Todo el mundo está ya en su puesto; diputados, senadores, comisiones de diversos cuerpos, abastecedores y consumidores de festejos públicos, todos esperan oír el estampido del cañon que anuncie la fausta nueva del alumbramiento de doña María Cristina.

Ocupa lugar especialísimo en esta expectacion general la comision de Asturias, la cual, en conformidad con el decreto de 22 de Agosto, «será citada al régio alcázar tan luego como se presenten las señales del alumbramiento;» pero si el nacimiento es de infanta «deberá retirarse,» dejando su sitio á comisiones más afortunadas. Los representantes asturianos que, como el señor conde de Toreno, ejerzan otro cargo por el cual tengan obligacion de asistir á la ceremonia del natalicio, no podrán retirarse, á menos que no dividan y separen su personalidad asturiana de su personalidad política; pero suponemos que disfrazarán su origen, para que no se crea que protestan contra el famoso decreto del Sr. Cánovas.

Podrán, por ejemplo, llevar monteras asturianas, y cambiarlas, si llega el caso, por los tricornos oficiales.

El hecho es que el criterio del Gobierno, que pretende fundarse en la tradicion y en la historia, ha triunfado en la cuestion del principado, tan manoseada de los periódicos, que, á falta de otros asuntos más graves, se han agarrado á ella como á un clavo ardiendo.

Si es varon será príncipe; si es hembra, infanta; pero el Gobierno en ambos casos seguirá siendo Gobierno, y las oposiciones oposiciones.

El imán de los próximos festejos atraerá pronto á la corte la multitud de emigrados que aún comen en San Sebastian y Biarritz el blanco pan de su elegante destierro. Vendrán como bandadas de palomas á posarse en las sillas del Prado, para contemplar las iluminaciones y fuegos con que piensa obsequiarnos el Municipio.

En los primeros días de Setiembre, Madrid habrá recobrado su integridad, y comenzarán prematuramente las diversiones de invierno.

Nada menos que DIEZ Y SEIS teatros importantes abastecerán de risas y bromas al vecindario de Madrid durante la estacion de los frios.

Siete de éstos serán de canto: Real, Jovellanos, Apolo, Alhambra, Recreo, Capellanes y Bolsa; y

nueve de declamacion: Español, Comedia, Novedades, Variedades, Eslava, Martin, Infantil, Lara y Risa. Formarán el séquito de estos teatros principales más de cincuenta pequeños, con su café correspondiente para mayor confort del público que se divierte.

RECUERDOS DE UN VIAJE.



Brazo de bronce dorado que contiene la canilla atribuida á Santiago el Mayor.

¿Quieren Vds. saber lo que vamos ganando con esta abundancia de teatros?

La primer víctima es el arte dramático, el noble y bello arte que magnificaron los Lopes, Calderones, Tirsos y Moretos. Cuantos más teatros, menos actores y poetas de mérito; la industria de representar y de componer comedias adquiere gran desarrollo bajo el estímulo de la competencia. El industrial ó empresario que abre un teatro para hacer negocio, se cuida poco del arte y menos de los poetas, que son por lo regular gente pobre; busca el bolsillo de los ricos, que no hay noticia de que se perdiese nunca en el Parnaso.

Los diez y seis teatros serán, pues, diez y seis baterías contra el arte dramático y contra la moral, haciendo fuego de día y de noche para inflamar las malas pasiones del público, y corromper su gusto literario y artístico.

Esto es lo que vamos ganando con la concurrencia industrial de teatros. Al paso que llevamos vendrá día en que el mercantilismo habrá reducido las tablas á mostradores de liviandad, donde no tendrán acceso más que las gentes perdidas. Calcúlese por el siguiente anuncio del teatro de Arderius: «Se admiten coristas y bailarinas. En la contaduría del teatro, de doce á tres, darán razon. Que no se presenten las que no sean agradadas.»

Nadie puede calcular el estrago que causan en las costumbres estos teatros, á los cuales hacen coro otros en que se dignifica el suicidio, se disculpa el adulterio, se recomienda el asesinato y se blasfema de todo lo más sagrado.

No tomemos, pues, la multiplicacion de teatros por efecto del desarrollo del arte; eso que parece arte no es arte; es..... arteria del mercantilismo moderno. El día en que fuera negocio levantar iglesias, los teatros se convertirían en templos, pero templos del becerro de oro.

La última frase del párrafo anterior nos pone en camino de comentar una noticia interesante.

Los periódicos alemanes dan por seguro que en la próxima legislatura del Parlamento prusiano se presentarán varios proyectos de ley encaminados á combatir la invasion judáica que tiene tiranizado á aquel país. Se pondrá coto á la inmigracion procedente de Bohemia, Hungría y Polonia; serán intervenidas y sujetas á impuesto las casas de banca, bolsas y sociedades mercantiles, en que los judíos se hacen fuertes, y todos los israelitas serán excluidos absolutamente de los destinos públicos.

Estas son las aspiraciones del pueblo alemán, que no puede soportar el yugo de la influencia semítica. Para hacerlas triunfar se celebran en muchas ciudades reuniones anti-judáicas, en las que oradores populares predicán guerra á muerte contra los hebreos.

Este hecho es revelacion patente de uno de los muchos males que interiormente trabajan y corroen la sociedad moderna. El judaismo es una fuerza secreta de destruccion, que va minando las bases de las instituciones cristianas y cambiando la faz de los pueblos. Dueños de inmensas fortunas, primeros accionistas de los primeros Bancos de Europa, incansables y habilísimos en el manejo de caudales y rentas, hánse hecho los amos de los Gobiernos, á quienes suministran los fondos que necesitan en sus apuros financieros, á costa de enormes usuras y de servicios incalculables.

Esta raza, maldecida hace siglos, guarda y alimenta profundos odios contra los pueblos cristianos; odios que ahora dan sus frutos sin que se vea la mano oculta que los allega y distribuye. En Alemania esta accion destructora ha llegado á lo sumo, coadyuvando á ella la persecucion que de parte del Protestantismo padece la Iglesia.

Tal es el hilo de la gran madeja en que andamos todos enredados, cayendo y levantando á cada paso, siempre amenazados de trastornos políticos y sociales, llevados, en fin, por secretos vientos á playas de perdicion ó á terribles naufragios.

Si alguna duda puede abrigarse sobre los vicios del *Jurado*, tal como lo entiende el *derecho nuevo*, se desvanecerá con pasar la vista sobre las actas de las sesiones en causas célebres que publican los periódicos.

Los cuales, en su afán de halagar los malos gustos de su público, complácense en reproducir estas historias poco edificantes, en que por lo regular el vicio insolente y desbocado se exhibe con todas las galas de su libertinaje. Estos días, sin ir más lejos, han ocupado la atencion de sus lectores con dos procesos escandalosos: el de Virginia Dumaire y el de madame Tilly. En ambos se trata de amores ilícitos, de escenas deshonestas, de crímenes repugnantes que se cuidan de desentrañar y poner muy en claro los presidentes, reos y testigos del Jurado.

Virginia Dumaire es una mujer de mala vida, que ha matado de un tiro á un amante por evitar que se case con otra. En sus declaraciones ha hecho alarde de su crimen, atrayéndose de este modo los aplausos del público que asiste á esos espectáculos. Madame Tilly es, al parecer, una señora distinguida, que sintiéndose enferma y temiendo que al morir, su marido diese por madrastra á sus hijos la mala mujer con quien sostenía relaciones, arrojó un día una cantidad de vitriolo sobre la cara de esta mujer, causándola horribles cicatrices. En las sesiones del Jurado, ha salido á relucir toda entera la historia de este marido tan poco ejemplar, y la de su amante, produciendo en el público las impresiones de un drama de teatro.

Por lo regular estos procesos acaban con la absolucion de los delincuentes, que desde el banquillo del Tribunal pasan á ocupar plaza de protagonistas en los inmundos noveluchos de Kock y de Zola.

Las sesiones de los jurados son, por consiguiente, gran filon para estos dramaturgos, el primer capítulo, por decirlo así, de sus novelas, de donde sacan muy poco la justicia y la moral, y mucho la liviandad, la disipacion y el escándalo.

Los periódicos que divulgan estas sesiones, deteniéndose particularmente en los episodios más escandalosos, contribuyen á matar el sentimiento de la honradez y de la dignidad en los pueblos, acostumbrándolos á los emociones del libertinaje, como se acostumbran los bebedores á las bebidas alcohólicas, hasta no sentir sus efectos.

Entre las instituciones benéficas que son producto de estos tiempos, debe contarse la Sociedad protectora de los Niños.

La cual hace poco que funciona en Madrid; pero con tan buen éxito, que ya tiene bajo su amparo más de treinta niños, á los que proporcionará educacion y colocacion convenientes. Con motivo de la adopcion de la hija del desdichado Oliva, los periódicos han celebrado los benéficos intentos de esta asociacion, cosa que no admite duda; pero como aquí todo se exagera y se saca de quicio, con daño de la ver-

dad, en los sueltos encomiásticos publicados, se pretende hacer pasar esta institucion por una creacion nueva, nunca vista en el mundo, fruto originalísimo de la filantropía moderna.

¡Es mucho afán el de algunas gentes de hacer creer al mundo que nunca ha habido civilizacion, ni caridad, ni ciencias, ni artes hasta estos tiempos! En materias de caridad, ¿qué podrá inventar la filantropía moderna que no haya existido en el seno del Cristianismo? Por muchos beneficios que haga la Sociedad protectora de los Niños, ¿llegará á igualar siquiera á esas Órdenes religiosas, nacidas del corazon de la Iglesia, madre amorosa de los hombres, consagradas á la educacion de los niños, á salvarlos del rigor de costumbres salvajes, á formar su inteligencia en la santa verdad y su corazon en la moral del Evangelio?

La nueva Sociedad, por mucho que haga, nunca podrá suplir la falta de esas instituciones que arrojó de su seno la civilizacion moderna: podrá llenar algun vacío, reparar algun daño; pero ¿cómo ha de consagrarse con alma, vida y corazon al amparo de los niños, de los huérfanos, de los enfermos y de todos los menesterosos?

Aplaudimos, pues, la obra; la juzgamos excelente; pero al pensar en ella, nos asalta naturalmente el recuerdo de las Órdenes religiosas, con que en todos los siglos y países la caridad cristiana procuró cicatrizar las heridas del género humano, enjugar sus lágrimas, reparar sus faltas, y remediar hasta sus más pequeños males. La caridad en este punto ha sido tan ingeniosa, que nada ha dejado por hacer en beneficio de los hombres.

Ocurrémosenos un ejemplo de la ingeniosa caridad de las Órdenes religiosas. En estos momentos no puede ser más oportuno.

Hace poco que *El Figaro* de París ha publicado un artículo sobre *La obra de los titiriteros*, que merece por lo ménos extractarse.

En 1854, algunos estudiantes del noviciado de los Padres jesuitas de Angers, inspirándose en el consejo de San Ignacio, de que velasen, sobre todo, por las almas desamparadas, fijaron su atencion, durante la feria de San Martin de aquella ciudad, en el total abandono en que vive la errante y abigarrada clase de los saltimbanquis y titiriteros.

Se acercaron á ellos; acariciaron á sus hijos; los llevaron consigo á visitar el Colegio, y poco á poco lograron las simpatías de aquellas gentes desalmadas y aventureras. De aquí nació *La obra de los titiriteros*, cuyo objeto es procurar todos los Sacramentos á esta gente, que tan poco suele cuidarse de ellos, atendiendo particularmente á la instruccion y colocacion de sus hijos abandonados. La obra mereció la aprobacion de los superiores, y se propagó entre los hijos de San Ignacio. Desde entonces existe caritativa y sublime amistad entre los jesuitas y los titiriteros, los cuales hallan en estos santos varones un amparo benéfico que les niega el mundo á quien diervien.

El artículo de *El Figaro* termina con estas conmovedoras frases: «En estos días los saltimbanquis recorren el mundo en sus carruajes, que son verdaderas arcas de Noé; pero al llegar á las ferias ya no encuentran á los Padres que daban medallas y estampas á los niños y que conversaban con los adultos, á quienes daban apretones de manos. ¿Quién instruirá y educará á esos niños? ¿Quién casará á los de más edad? Piden explicaciones. Se les habla de los decretos de 29 de Marzo. Y esas gentes que han pasado impermeables en medio de todas las políticas, como las pieles aceitosas entre dos aguas, se enteran por primera vez de que hay Gobiernos perseguidores de sus bienhechores, de los que los consolaban, de sus amigos.

Los he visto, les he hablado. Lloraban y se indignaban. Una vez fuera de las tablas, de los trapecios, de las jaulas, ya nadie piensa en ellos ni se interesa por ellos. Nadie les hablará de Dios, que ama á los humildes, ni de la felicidad eterna que tiene reservada á los desgraciados.»

Una buena noticia para concluir.

Recordarán nuestros lectores que por el mes de Mayo dijimos que en la cuarta plana de *La Correspondencia* venía el anuncio de la venta del monasterio de Oña, situado junto á Burgos, en la villa que le da nombre.

Por fortuna este venerable monumento, casi en ruinas, ha venido á caer en manos benéficas, que sabrán devolverle el brillo de sus recuerdos. Después de hacer en él las obras convenientes, establecerán allí una casa de estudios los PP. Jesuitas, que han tomado posesion de sus ruinas.

De este modo la celeberrima fundacion del Conde D. Sancho de Castilla volverá, tras largos días de soledad y abandono, á ser plantel fecundo de varones eminentes y monumento glorioso de la religion y de la patria.

V. P. NULEMA.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

XVI.

VUELTA Á MADRID.

(Conclusion).

Iba, lleno de vehemencia, á replicar el Sr. Zafra, cuando anunciaron que aguardaba el ómnibus á la puerta, y no había más tiempo, sino el preciso para llegar á la estación. Generoso el Doctor, cumplió su espontánea oferta, feríndonos algunas medallas antiguas y un cartapacio de calcos, fotografías y dibujos. Cuando entramos en la barca del Guadiana, por milagro no perecimos. Casi á galope bajaron los caballos, y dentro de ella, al dar rápida vuelta para dejar en el centro el carruaje, en nada estuvo que los dos primeros muy fogosos no cayesen al río deslumbrados por el resplandor de la luna. Pasó el susto, encerrámonos en el vagon; y al día siguiente, pues íbamos solos, entretuvimos el tiempo leyendo las inscripciones por los dibujos y calcos. Son las siguientes:

1.^a—Copia del primer cipo existente en el Museo de Badajoz. Alto: 0m, 94; y ancho: 0m, 26.

D · M · S ·
L · C · NICON
ANN · LII
H · S · EST · S · T · T · L
C · OPTATVS
TRIB · M · F

D(is) M(anibus) S(acrum). L(ucius) C(aecilius?) Nicon, ann(or)um LII, h(ic) s(itus) est. S(it) t(ibi) t(erra) l(evis). C(aecilius?) Optatus trib(unus) m(ilitum) fecit. «Sagrario á los dioses Mánes. Aquí yace Lucio Cecilio Nicón, de 52 años. Séate la tierra leve. El tribuno Cecilio Optato le puso este monumento.»—En Barcelona (1) todavía existe la famosa lápida de Lucio Cecilio Optato centurion de la Legion séptima gemina feliz; y en Mérida (2) la de Dafno Nicón (*Nico*). Entre las inscripciones de Tarragona (3) vemos á otro Cecilio, también tribuno militar.

2.^a—Del propio Museo. Alto: 0m, 85; y ancho: 0m, 25.

D · M · S ·
L · ANTENIVS · PRIMVS
ITALICVS
D · REGINENSYS
AN · XXXX
FABIA · CAM · M · f
V X O R
M · M · f
H · S · E · S · T · T · L

D(is) M(anibus) s(acrum). L(ucius) Antenius Primus, Italicus, d(omo) Reginensys, an(norum) XXXX. Fabia Cám(ala?) M(arci) f(ilia) uxor m(arito) m(onumentum) f(ecit). H(ic) s(itus) e(st); s(it) t(ibi) t(erra) l(evis).

«Sagrario á los dioses Mánes. Lucio Antenio Primo, natural de Itálica, vecindado en Regina, murió de cuarenta años. Fabia Cámala?, su mujer, hija de Marco, hizo á su marido este monumento. Yace aquí. Séate la tierra leve.»

Harto merece que los gramáticos estudien en este epigrafe cómo la forma *Italicus* puede ser en ocasio-

(1) Hübner, 4514.

(2) Hübner, 512.

(3) Hübner, 414c.

nes cual aquí sinónima de *Italicensis*, é indicar patria y naturaleza, contra la resuelta afirmación de algunos doctos muy satisfechos de sí mismos.

No se estime inédita la inscripción. Hübner (1038) la coleccionó, pero en vista de copia diferente: el marido se nombra allí *Lucio Rufino Primo*; y la mujer sin filiación, *Fabia Campana*. Dos inscripciones de Mérida (537-563), resuelven las objeciones que podrían hacerse á la lectura del Sr. Zafra.

Hallóse la piedra en el castillo de Reina (*Regina*) junto á Llerena.

Inscripciones de Mérida, leídas á vista de calcos. Ésta y la siguiente corresponden, por sus caracteres, al siglo augusteo:

3.^a—

M V M M I A
P R O S P E R A
A N N L

«Mumia Próspera de cincuenta años.»

Mumia Fortunata, natural de Teba (*Ostip-pensis*), aparece en un cipo funerario de la ciudad de Estepa (1).

4.^a—

D . M . S
P A C C I O F O R T V N A T O
A N N . L X V . P A C C I A . G L Y
C E R A . L I B . P A T R O N O . B E N E
M E R E N T I . F . C . H . S . E . S . T . T . L

«Sagrario á los dioses Mánes. Al benemérito patrono Paccio Fortunato, de 65 años, su liberta Paccia Glicera procuró hacer este monumento. Yace aquí. Séate la tierra leve.» El NAT de la segunda línea está formado con sola una letra; y lo mismo el NE de la cuarta. Era griega la dedicante *Glycera*, voz que significa «La Dulce».

5.^a—De época Antoniniana.

D . M . S
A L F I D I A . A T H E N A I S
A N N . X X V . H . S . E . S . T . T . L
A L F I D I I . A T H E N O D O R U S . E T
H E L P I S . F I L . P I E N T I S S I M E

«Sagrario á los dioses Mánes. Alfidia Atenais, de 25 años, yace aquí. Séate la tierra leve. Los Alfidios Atenodoro y Helpis á su piadosísima hija.» Hübner la incluye en su colección, como existente en el convento de San Francisco de Mérida, é inscrita en el púlpito del refectorio; pero se valió de copia infiel, y no pudo hallar el cabal sentido á la piedra (2). Cuanto más se estudia la Epigrafiá de Galicia y Lusitania más se nota cuán vecindados se hallaban los griegos por aquellas regiones. Aquí tenemos dos libertos de un Alfidio romano, llamados Atenodoro y Helpis, cuyos nombres equivalen á «Don de Minerva» y «Esperanza» (2), y cuya hija lleva igualmente el de la diosa. ¿Qué extraño que la patrona de Mérida, Santa Eulalia (esto es, La de fácil locuela) fuese también de origen griego?

6.^a—De época asimismo Antoniniana y de Mérida, es un ara de 0^m, 82 de alto; 0^m, 29 de ancho por la base, y 0^m, 255 el neto; y gruesa 0^m, 125. El coronamiento ó parte superior consta de la representación hierática de los dos medios troncos aserrados, que figuran estar puestos á un lado y otro encima de la piedra, á cuyos extremos por el frente se esculpen sendos florones, de cinco hojas cada cual; entre ambos resalta la cabeza de un carnero con sus cuernos bien retorcidos. En el costado izquierdo del ara campea lindo jarrón de asa angular, estriada la parte inferior del vientre; en el lado opuesto, ó sea costado derecho, una pátera con mango; á la espalda del monumento, robusta corona de laurel, sueltos los extremos cuyas cintas se mueven y juntan al fin graciosamente; hácese en mitad de la corona un lazo ó florón elegante.

(1) Hübner, 1449.

(2) Falta en la del coleccionista alemán (527), el D . M . S del primer renglón; las THE del segundo no aparecen ligadas en solo una letra, como lo da el original; suprime los puntos entre las siete finales del renglón tercero; la última I de ALFIDIL (en el cuarto) es larga en la piedra; en la cual las letras THE de la misma línea se abrieron de igual forma que en el segundo; el ET final que suple Hübner, existe realmente, ligadas ambas letras en el monumento; y el mismo señor lee de esta manera inexacta la última línea «XELPIVS PIENISSIMAE».

(2) Helpis, en vez de Elpis (ἐλπίς), escriben otras dos lápidas, registradas por Hübner, y descubiertas en Alcalá de Henares (3038) y en Tarragona (4372).

M . D . S
V A L . A V I T A
A R A M . T A V R I B O L
S V I . N A T A L I C I R E D
D I T I . D . D . S A C E R D O
T E . D O C C Y R I C O V A L E
R I A N O . A R C I G A L L O
P U B L I C I O M Y S T I C O

M(atri) D(eum) s(acrum). Val(eria) Avita aram tauriboli(i) sui natalici(i) redditi d(onum) d(at); sacerdote Doccyrico Valeriano, arcigallo Publicio Mystico (1). «Sagrario á la madre de los dioses. Valeria Avita le presenta en don este ara en que ofreció el tauribolio de su natalicio; siendo sacerdote Doccyrico Valeriano, y arcigallo Publicio Místico.»

Conocidos son los ritos de esta iniciación, ó natalicio, especie de bautismo de sangre, de que hablaron Arnobio y Prudencio. Decíase archigallo al pontífice sumo de la Gran Madre. Cuando se introdujo su culto en Roma, dos siglos ántes de la Era cristiana, fué condición que había de ser frigio este sumo sacerdote, pero pronto cayó en desuso. Al servicio de aquella deidad (Cibeles) había un colegio sacerdotal de eunucos, ó galos (*Galli*), nombre sobre cuya significación disputan los doctos. El superior usaba mitra, corona con tres medallones, en cada uno de los cuales se figuraba un dios; velo, pendientes en las orejas, collar, tres hojosas ramas en la mano, un canastillo con frutos, una cesta, un panderete, dos flautas, un látigo, y la efigie de Átis al pecho. Así, tan recompuesto y tan emperregilado nos le ofrece un relieve en el Capitolio. Orelli, Visconti y Boissieu publicaron varias memorias romanas de archigalos. Hübner ha sacado á luz ésta del de Mérida por el dibujo que uno de nosotros le envió; y otro de los que suscriben la insertó por nota, ilustrando la piedra de un taurobolio muy interesante descubierta en Córdoba (2). Permítasele al último de los que firman este capítulo decir que en letra de molde se le ha atribuido cierta traducción del epígrafe emeritense, la cual nunca se le pudiera ocurrir. Leyó y explicó el monumento, tal como ahora se hace por escrito, á un cariñosísimo colega y amigo; quien sin duda hubo de oír sobre lo mismo á otra persona quizá, y confundiendo especies, sin querer, me hace interpretar ciertos nombres propios del modo más peregrino. De seguro que yo ni nadie al padre de la Elocuencia latina le llamaríamos Tulio el Garbanudo; ni al vencedor de Cartago y Numancia, Cornelio el Bastonero; ni al tierno cantor de los amores (3), *El Narigudo*. En las lenguas todas los apellidos suenan una cosa, y en su significación primitiva nadie se fija ni repara. El archigallo Publicio de la inscripción emeritense tuvo el sobrenombre de *Místico*, no por otra razón ninguna, sino porque tal era su segundo apellido. No de otra manera pudo llamarse *Hispanio*, sin ser español, el dedicante del ara encontrada en Tuy y votiva al dios Marte Carocéfeco. En Tarragona hay memoria de un Valerio Galo (4); y ¿quién dirá que fué sacerdote de Cibeles?

Ya nos hallamos en Madrid, terminado felicísimamente nuestro viaje. Le hemos hecho juntos, y vamos á separarnos cada cual para su retiro. Aprovechemos estas horas deliciosas, como el navegante que al pisar la playa vuelve los ojos al mar para rendir gracias á Dios, que con vientos favorables ha conducido el bajel á puerto seguro. Nada estaba más lejos de nosotros que atravesar las corrientes del Miño y del Ulla. Á deshora, inesperadamente, Santiago nos llamó al soberano templo que engarza su sepulcro y guarda sus reliquias gloriosas; y el Apóstol á quien veneramos, nos vuelve con salud y júbilo á nuestra casa. Quiera Dios, Señor de las ciencias, que lo que allí hemos visto y aprendido sea para su mayor servicio y gloria. No hemos pues de colgar la pluma sin que cierre estas páginas el nombre de Santiago y la noticia de reliquias suyas, ó que se creen tales, veneradas en España.

Reliquias de Santiago. Comencemos por la de Toledo. Entró en el tesoro de la Iglesia primada de las Españas, por donación del Archiduque Alber-

to, Gobernador de los estados de Flandes. Este príncipe era hijo del emperador Maximiliano II y hermano de nuestra reina Doña Ana, última mujer del rey D. Felipe II el Prudente. Designado por la santidad de Clemente VIII para la sede toledana, vino á posesionarse de ella en 3 de abril de 1595; pero la renunció á 9 de julio de 1598 y contrajo matrimonio con la infanta Isabel Clara Eugenia, hija predilecta del incomparable monarca de dos mundos, el 13 de noviembre del mismo año. El serenísimo príncipe Cardenal Alberto no podía olvidar á orillas del Escalda haber inscrito su nombre en el episcopologio que immortalizaron los Eugénios, Julianes, Ildefonsos, Rodrigos y Cisneros; y se complació en aumentar las santas é insignes reliquias del templo toledano. Envió, pues, desde Flandes, año de 1603, una espina de las con que fué coronado Nuestro Señor Jesucristo (1), y juntamente reliquias de Santiago, patrón de España, y de los apóstoles Santo Tomás, San Mateo, San Felipe, San Matías, San Simón y San Judas Tadeo, y en fin, de Santa Clara. Llegadas á la imperial ciudad del Tajo y depositadas en el monasterio de religiosas de San Clemente, se trasladaron á la Catedral con solemne procesion y regocijadísimas fiestas el miércoles 16 de julio (2).

La reliquia de Santiago es un fragmento de la cabeza, en forma de un duro ó piastra macuquina, con una estría interior natural á un lado, la cual ayudará mucho para determinar el sitio á que en el cráneo pertenecía. Mide por lo más ancho 5 centímetros; por lo más alto, 4; y su grueso varía de 6 á 10 milímetros. Por entonces se escribió de tinta en la parte convexa este letrero:

S. Tiago patron
despaña

Vino y se conserva en una cajita de carey, con lindas cantoneras de plata ribeteadas de flores de lis; ofrece la cerradura un avestruz que mete su pico en la boca de un león, y encima un conejo entre airosos follages; la correhuela de la llavecita dice S.^a *Thiaggo Ap.*; y un papel de aquel tiempo, en el fondo de la caja, nos da esta importante y desconsoladora noticia: *Reliquia de Santiago, no tiene testimo*. Pero como si tenga este fragmento del cráneo manchitas negruzcas, urge que de él se haga un análisis científico semejante al de la reliquia de Pistoya, sobre cuya autenticidad no cabe duda; y al que han hecho de las descubiertas en Santiago de Compostela el doctor Casares y sus sabios compañeros.

La casa Prioral de Uclés en la Orden de Santiago poseyó desde 1600 hasta 1811 un hueso del brazo del Apóstol por donación de Felipe II, dentro de un valiosísimo relicario de oro y piedras preciosas. La Orden, por disposición del monarca, no podía celebrar capítulo general, fuese cual fuese la población en que se reuniera, sin estar presente la reliquia: por esto vino á Madrid y estuvo en el monasterio de San Jerónimo, presidiendo el capítulo general celebrado aquí á 7 de julio de 1652 (3). La cual, según se nos dijo, robaron y perdieron los franceses, en la infuca guerra que hicieron á España para descrédito y ruina de ellos y lauro del religioso pueblo español. Séanos lícito transcribir aquí el documento oficial que obra en el archivo de Simancas, y nos ha facilitado su digno jefe el Sr. D. Francisco Diaz (4).

(1) Fué cedida por Antonia Moerman, priora del monasterio agustiniano de Nazareth en Damm, diócesis de Brujas, el cual la poseía desde 1491. La auténtica aparece firmada por el obispo de Brujas Matías Lambert á 14 de setiembre de 1596; y existe original (x, 10, 1, 4) en el archivo del Cabildo catedral de Toledo.

(2) Actas de los días 2, 4 y 15 de julio de 1603. Visitas del ilustrísimo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, folio 35, número 77, y del cardenal arzobispo D. Antonio Lorenzana, en 20 de junio de 1700. El primero de nosotros lo ha podido examinar todo, merced á las muchas atenciones y sabia cooperación de los señores D. Juan Francisco Bux, canónigo doctoral y bibliotecario mayor del Cabildo; D. Santiago Pastor Just, canónigo y secretario de su Eminencia el Cardenal Arzobispo; D. Victoriano Aguado, secretario del Cabildo; y D. Manuel Coronado, sacristán primero.

(3) «Y colocada decentemente en el altar mayor la reliquia del brazo del glorioso Apóstol señor Santiago el Mayor, único y universal Patron de España y de esta Religiosa Caballería, que en cumplimiento de la voluntad del Sr. Rey D. Felipe 2.^o, que santa gloria haya, se trajo del Convento de Santiago de Uclés para presidir en el Capítulo, por celebrarse en la Provincia de Castilla; y estando así todo dispuesto...» Actas del Capítulo, insertas en el libro titulado *Regla de la Orden de la Caballería de Santiago*; Madrid, 1791; pág. 183.

(4) Real Patronato eclesiástico, legajo 7.

«COPIA de un testimonio de la entrega del brazo del Apóstol Santiago el Mayor, al Prior del convento de Uclés, fecha en Madrid á 16 de Abril de 1600.

Yo Francisco Gonzalez de Heredia, Secretario de la Magestad del Rey Nuestro Señor y del Consejo de la Cámara, y de las tres Ordenes militares de Santiago, Calatrua y Alcántara, y de los descargos de los Reyes de Castilla, certifico que el Rey Don Philippe Nuestro Señor, segundo deste nombre, que sancta gloria aya, por vn papel firmado de su real mano, que dexó junto con su testamento y cobdici- lio, y todo ello está originalmente en mi poder por mandado de su Magestad Cathólica, ordenó y mandó

se diese a la dicha orden de Santiago y al Prior del Conuento de Vcles en su nombre el brazo del Apostol Santiago el Mayor para el efecto que se contiene en el dicho papel cuyo tenor es el siguiente.

El brazo de Santiago el Mayor que me embió el Duque de Bauiera y está en mi guardajoyas de Madrid, mando que se de y entregue de mi parte a la orden de Santiago metido en la caja de ébano guarneçida de oro que está agora en la qual me le embió el dicho Duque, que assi me ha parecido justo por la deuocion que tengo al glorioso Apostol y la administracion de la dicha orden, y quiero que mis testamentarios la hagan entregar al Prior de Vcles en presencia de algunos trezes de la orden y de al-

gunos religiosos del dicho conuento para que en el se guarde con la veneracion deuida y se conserue perpetuamente allí como cosa por mi mandado entregada a la orden de Santiago sin que se pueda disponer desta sancta reliquia en otra forma por ninguna causa ni manera que sea, y para que esté en mejor guarda y custodia no ha de salir de poder del Prior de Vcles que la recibiere o de los que por tiempo fueren, la llaucilla que juntamente se le entregará de la dicha caja de ébano guarneçida de oro y las llaues de otras dos caxas vna sobre otra en que esta de ébano está metida las ternán otros dos religiosos del mismo conuento los que haviéndolo comunicado con el mismo Prior y trezes que asistieren

VIAJE DE RECREO. — ESTACIONES BALNEARIAS.



VISTA DE LOS BAÑOS DE EMS (ALEMANIA).

al tiempo de la entrega señalaren mis testamentarios, y los días del glorioso patron Santiago, o otras fiestas señaladas que parezca sacar al altar su sancto brazo bastará que sea en su caja de ébano sin sacarle de ella, y demas desto el dicho Conuento de Vcles y orden de Santiago han de quedar con obligacion de traer la dicha reliquia a qualquier parte y lugar de la prouincia de Castilla donde se celebrare capítulo general de dicha orden de Santiago para que se haga con su mas particular fauor y patrocinio, y acabado el capítulo se bolbera la sancta reliquia al mismo conuento de Vcles, lo qual se hará todas las vezes que huuiere capítulo general en la dicha prouincia de Castilla como queda declarado y quiero y mando que este papel valga como si fuesse cláusula expresa de mi testamento y que vno de los primeros actos del capítulo general sea ver como se cumple enteramente con esto que dejo ordenado en Sanet Lorenzo a veynte de agosto de mil y quinientos y noventa y ocho.—Yo el Rey.

En cumplimiento de lo qual estando la Magestad del Rey nuestro señor (1) en una pieza y sala grande del monasterio de Sanct Hierónimo desta villa de Madrid que llaman el Capítulo oy Domingo diez y seys de Abril de mil y seysçientos años que es el día para que su Magestad mando conbocar el Capítulo general de la dicha orden de Santiago, yo el dicho Francisco Gonzalez de Heredia, dixe al Rey nuestro señor como su Magestad Cathólica que aya gloria havia ordenado se diese el brazo del Apostol Santiago al Prior del dicho Conuento de Vcles, y que siendo seruido se haria para que le tuuiesse conforme al dicho papel suso incorporado y su Magestad me respondió que se hiziese assi, y luego en cumplimiento de su real mandato, estando en el altar que ay en la pieza del dicho capítulo la dicha sancta reliquia la dio y entrego al Dr. Don Bartolome Magues Prior que al presente es del dicho Conuento de Vcles

(1) Felipe III.

con sus tres caxas y llaues, Don Aluaro de Carauajal limosnero y Capellan mayor del Rey nuestro señor y testamentario de su Magestad que aya gloria en presençia de los señores Duque de Lerma Marques de Denia Comendador mayor de Castilla de los consejos destado y guerra de su Magestad su Sumilier de Corps y cauallerizo mayor, y del Conde de Miranda Presidente de los consejos Real, y camara de Castilla y del supremo de Italia del consejo destado de su Magestad y Comendador de la Membrilla testamentario de su Magestad que aya gloria, Don Pedro enriquez Conde de fuentes en Castilla de los consejos de stado y guerra de su Magestad Comendador de Yeste, Don Juan de Idiaquez Presidente del consejo de las ordenes Comendador mayor de Leon del dicho consejo de stado y testamentario de su Magestad y Don Bernardino de Mendoza Comendador de Alhange, todos çinco trezes de la dicha orden de Santiago, y estando assi mismo presentes el Dor. Ramirez, y el Liçenciado Ruiz Cano, y el Liçenciado

Fuentes y el Licenciado Viuanco Religiosos del dicho Conuento, la qual dicha sancta reliquia está enbuelta en vn tafetan colorado grande, y despues en otro tafetan morado, y despues en otro colorado y la dicha sancta reliquia es de grandor de poco menos de media vara, la qual está metida en una caxa estrecha de ébano guarneçida de oro con sus esmaltes y llaue y con los escudos de las armas Reales al derredor della y con vna figura de bulto del sancto en hábito de romero puesto ençima de la cubierta desta caxa, y esta caxa esta metida dentro de otra mayor, la qual está cubierta de terçopelo negro con sus cantaneras de plata blanca, y estas dos caxas estan metidas en otra caxa negra de cuero con sus aldauitas y euillas, y el dicho Prior Don Bartolome Magues se dio por entregado de la dicha sancta reliquia con las dichas caxas y llaues y se obligó por el y los Piores sus sucesores que perpetuamente fueren de aquel Conuento y en nombre de todos los religiosos que agora son y adelante fueren del que la ternan en el

dicho Conuento en fiel guarda y custodia con toda veneracion segun y de la forma y manera y para los efectos que su Magestad que aya gloria mando y ordeno por el dicho su papel suso incorporado, sin que de ello se exceda ni contrauenga en manera alguna en ningun tiempo por ninguna causa ni razon que se ofrezca o pueda ofrecer, por ser justo que en todo se cumpla la voluntad de su Magestad que quiso hazer esta merced y beneficio a la dicha orden de Sanctiago honrrandola con tan sancta reliquia, y assi mismo çertifico que en presencia de los dichos señores trezes y testamentarios di y entregue de mi mano al dicho Prior dos fees y testimonios originales scriptos en pergamino que el dicho Duque de Bauiera embio a su Magestad con la dicha sancta reliquia para comprobacion y verificacion della, y hecha la dicha entrega el Rey nuestro señor y los dichos señores testamentarios y trezes y el dicho Prior y religiosos fueron en procesion a la Iglesia del dicho monasterio lleuando como lleuó el dicho Prior en sus manos la dicha

sancta reliquia para dezir missa donde estaua conbocado el Capitulo general de la dicha orden de Sanctiago, a todo lo qual fueron presentes por testigos los señores Marques de Velada mayordomo mayor de su Magestad de su consejo de stado Comendador de Mananares, Don Sancho de la Cerda Marques de la Laguna mayordomo de su Magestad Comendador de la Moraleja y Don Luys enriquez mayordomo de su Magestad Comendador de Montemolin y otros diuersos caualleros y el dicho Prior lo firmo aquí de mi nombre y para que en todo tiempo conste de la entrega de la dicha sancta reliquia, caxas llaues y testimonios di este y otro del mismo tenor firmados de mi nombre y signados con mi signo en la dicha villa de Madrid el dicho dia diez y seys de Abril de mil y seys, ientos años para que el vno este en el Archivo de las scripturas del dicho Conuento de Veles y el otro en el de la fortaleza de Simancas.

D. D. B. MAGUES,
PRIOR VCLENSIS

VIAJE DE RECREO. — ESTACIONES DE VERANO.



VISTA GENERAL DE ZURICH (SUIZA).

en testimonio de verdad—signado FRANCISCO GONÇALEZ DE HEREDIA.»

Otra reliquia poseía el monasterio cisterciense de Santas Creus en Cataluña, de que habla en su *Viaje* (1) el dominico Villanueva; y cuyo paradero ignoramos. Tampoco sabemos qué se hizo de la de Sahagun, que debió ser fragmento importante y genuino, donado por Alfonso VI. Réstanos decir que desde 1574 á 1598, y venidas de Alemania é Italia, adquirió Felipe II nueve reliquias, estimadas como de Jacobo el hijo del Zebedeo, con las auténticas de todo ello más interesantes. Nosotros hemos tenido la suerte de examinarlo todo, merced á la afabilidad nobilísima del digno Presidente de la actual Real Capilla, antiguo Prior del Monasterio, hoy tambien Canónigo Hispalense y Capellan de Honor, Ilmo. Sr. D. Jerónimo Pagés.

La principal reliquia es una canilla, ó tibia de la

pierna izquierda, de 25 centímetros á lo largo, 85 milímetros de circunferencia por la tuberosidad de la tibia, y 70 milímetros por la extremidad inferior encima del maléolo interno. Sobre el hueso escribieron en 1597 lo siguiente: *De sancto Iacobo Maiori filio Zebedei*; y al lado *Entrega 7.ª Folio 25*. Existia en el monasterio benedictino de Santa Bárbara en Gard, á la izquierda del Rin, en la confluencia del Eyder, diócesis de Colonia, estando aquellas religiosas desde tiempo inmemorial en la creencia de ser un hueso grande, ó húmero, del brazo de Santiago el Mayor y haber memoria de ella en una lápida, de su iglesia, donde se hablaba de haber traído el abad Benedicto muchas reliquias que le dió el Papa San Gregorio I el Grande. Felipe II mandó labrar un gran brazo de bronce dorado á fuego, que sirviese de relicario. Los discípulos de Jácome Trezzo, ó quizá los de Pompeo Leoni fueron los encargados de ejecutar este monumento artístico. El brazo figura estar cubierto de una riquísima alba y junto á la mano, que está en actitud de bendecir, asoma el vuelillo con sus puntas de encaje. Damos dibujo de él, hecho por una fotografía.

La donante Helena Duickerlein, Priora del expresado monasterio, próximo al castillo de Rynberch,

hoy Rheinberg, en la regencia de Dusseldorf, refirió largamente y de su puño cuanto sabía acerca de la historia de la reliquia, en 14 de Setiembre de 1595; y Ernesto Duque de Baviera y arzobispo de Colonia acompañó la carta precedente con un insigne testimonio de la sinceridad de la donacion y veracidad de los hechos. Los Padres Antuerpienses dudaron de la ingenuidad de esta reliquia, fundándose en que si el Papa San Gregorio I la dió, no pudo el obispo de Iria Teodemiro haber encontrado íntegro el cuerpo del Apóstol en Compostela (1).

Los Bolandos tenían razon. Esta reliquia escorialense no pertenece á Santiago el Mayor. Acaba de ser reconocida á presencia del Ilmo. Sr. Pagés, del Sr. D. Daniel Martin custodio de las reliquias, y en presencia nuestra, por el Doctor en medicina y cirugía D. Francisco Santana y Villanueva, antiguo anatómico, y profesor encargado de la Direccion de trabajos anatómicos de la Facultad de Medicina de la Universidad central de Madrid. Ni tampoco es de un brazo, como se afirmó en Alemania, y en el inventario escorialense mandado hacer en tiempo de Felipe II, y se escribió en el hueso. Afirma rotunda-

(1) «En el relicario hay reliquias de San Bernardo Abad, San Benedicto Mártir y otras menores, la cabeza de San Deodato, el cuerpo de Santa Clara Virgen y Mártir, una de las once mil, parte de la cruz del buen ladrón, un dedo de San Juan Limosnero, uñas de los Santiagos mayor y menor, y otras.» Tomo XX, páginas 27 y 28.

(1) Ad diem 25 Julii, núm. 110, 111.

mente el Sr. Santana, y todos lo vimos por nuestros ojos ser canilla, ó tibia de la pierna izquierda, de sujeto de pequeña estatura y de poca edad, menor de 25 años, por no tener soldadas las epífisis de la extremidad superior. Se conserva el agujero nutricio de la tibia en la parte superior de la cara de atrás. No pertenece pues á Santiago el Mayor, que murió el año de 42, y que debía contar entonces de 44 á 50 años.

Hay que sostener pues la sensata opinión de los Bolandos, que no niegan ser de un santo la reliquia, ni que éste se llamara Jacobo; y que por la celebridad del Mayor se clasificase indiscretamente como suya por el vulgo, que le hay en toda clase de gentes. Sirva esta explicación y advertencia plausible para contestar á los semisabios que se asombran de que hayan muchas reliquias atribuidas en diferentes iglesias á un mismo Santo. Cuando recoja piadoso el gran Filipo las reliquias de mártires, á las cuales hacía feroz guerra el fanatismo luterano, como al llegar las cuatro cajas últimas de ellas (entre las cuales precisamente venía la de que hablamos) dudase un cortesano si entre aquellos huesos habrían los herejes introducido otros por codicia, que no fueran genuinos, cortó por lo sano el prudente rey diciendo: «Delante de Dios no perderemos nuestro merecimiento, reverenciando á sus santos en los huesos que creemos serles pertenecientes por virtud de un racional convencimiento.»

FIDEL FITA.—AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA.

VIAJE DE RECREO.

Segun anuncian los periódicos alemanes, el emperador Guillermo, despues de haber conferenciado en Ischl con el de Austria, se trasladará, como de costumbre, á los baños de Ems, situados en el antiguo ducado de Nassau, sobre la márgen del Lahn, á 22 kilómetros de Coblenza. En vista de esta noticia, si nuestros compañeros de viaje no se oponen, haremos rumbo á esta famosa estacion balnearia, visitada en estos momentos por más de seis mil viajeros.

Hénos aquí ya á la vista de la poblacion, tocando con nuestros piés, no muy fatigados del viaje, las aguas del Lahn, y respirando, aunque parezca extraño, el puro y saludable ambiente de sus montañas. Las aguas minerales de Ems brotan en veinte distintos manantiales, y sobre cada uno de ellos se han levantado hermosos edificios para albergar á los viajeros. El emperador de Alemania, que hace muchos años disfruta de los beneficios de estas aguas, construyó un palacio para sí, que es el que nuestros compañeros pueden ver á nuestra mano izquierda, y sobre el cual se yergue una torrecilla con su veleta. Este palacio se comunica con uno de los principales manantiales de las aguas, y está embellecido con un jardín que sombrea su entrada. Á ambos lados de la casa imperial se extienden por toda la márgen del río cómodos y elegantes hoteles de los viajeros acaudalados que visitan estas aguas. Las cuales gozan de reputación antiquísima, pues ya eran conocidas en tiempo de los romanos. Sin embargo, como la moda más bien sigue las sugestiones de la vanidad que los consejos de la higiene, la estacion balnearia de Ems debe su principal concurrencia á las visitas del emperador Guillermo. Allí le sorprendió la noticia de la guerra contra Francia en 1870, y de allí partió para ponerse al frente de los ejércitos que derrocaron el trono de los Bonapartes. Los alrededores de Ems, como pueden ver nuestros amigos, no ofrecen gran novedad; enriscadas cordilleras y agrestes montañas, sólo pueden despertar el interés de los codiciosos por las ricas venas de plata que encierran en su seno. Para que nuestros amigos no se comprometan en tomar acciones de sus ricas minas, saltaremos de un vuelo desde la residencia del emperador Guillermo á otro punto del Norte, muy frecuentado en este tiempo y muy digno de visitarse.

¿Qué viajero de buen gusto, aficionado á las artes y á las letras, y sobre todo á los puntos de vista risueños y pintorescos, no se ha dado una vuelta por Zurich, capital del canton del mismo nombre en la región más interesante de Suiza? ¿Quién no ha visitado la patria de Guillermo Tell?

Estamos á su vista. En la Suiza Septentrional, entre el gran ducado de Baden y el canton de Schaffhouse al Norte; los cantones de Argovia al Oeste; de Zug y de Sihwy al Sur, y de Saint Gall y de Thur-

govia al Este, tiene su asiento la ciudad de Zurich, rodeada de altas montañas y de ríos y lagos muy pintorescos. La poblacion cuenta con más de doscientos ochenta y cuatro mil ochocientos sesenta y siete habitantes, y se halla tendida á la extremidad del lago del mismo nombre, sobre las dos riberas del Limmat, que la divide en dos mitades, la ciudad grande á la derecha y la pequeña á la izquierda. Dos puentes para carruajes y tres para transeuntes unen ambas riberas. Esta circunstancia hace muy amena la topografía de Zurich, cuyos alrededores son bellísimos. Nuestros compañeros de viaje pueden recrearse, viendo al caer la tarde el panorama de la ciudad grande desde la estacion del ferro-carril. Á la izquierda vemos una parte de la catedral, fundada en el siglo xi, de buen estilo románico y enriquecida con muchos monumentos artísticos y recuerdos de Carlomagno. Frente á nosotros álzase las dos esbeltas torres de la iglesia de San Agustín, que despues de trescientos años de estar sirviendo de almacén, ha sido devuelta al culto católico en 1848. Por último, á la derecha, vemos asomar las torres de Santo Domingo, monasterio edificado en los últimos días de la Edad Media. Las márgenes del río están cubiertas de edificios, dándole un aspecto á la ciudad muy semejante al de Amsterdam, y aún en ciertos puntos parecido al de Venecia. Cíñe á la poblacion frondosa muralla de árboles seculares, y en lontananza cierran su horizonte las altas montañas que confinan con la región de las nieves perpétuas. No lejos de la poblacion se alza el pico Vetliberg, al cual se sube en ferro-carril desde Zurich, ofreciendo á los viajeros uno de los más bellos panoramas de Suiza.

Para no fatigar á nuestros compañeros de viaje, haremos aquí nuevo descanso, dejando para otro día no ménos agradable excursion por Alemania.

MARCO POLO.

RECUERDOS DE LA GRAN CARTUJA.

II.

«Muchas descripciones se han hecho de la Gran Cartuja; pero todas, en mi concepto, se han quedado muy inferiores á la verdad: yo no creo que el arte pueda alcanzar jamás á la incomparable majestad de tamaño objeto: siempre la Naturaleza tan grande, tan fecunda en la terrible sublimidad que ha derramado sobre aquel desierto, se mostrará en él superior á las más nobles inspiraciones del genio, á sus más atrevidas, á sus más imprevistas concepciones. El arte queda mudo y estéril, aterrado de su impotencia, en el seno de aquellas ásperas soledades donde la mano del Criador ha sembrado tantos prodigios; y el artista, maravillado, se arrodilla con piadosa y poética admiración alzando sus ojos al cielo, donde su pensamiento se eleva al eterno principio de toda armonía y de toda belleza. Las imperfectas y fugitivas imágenes de la admiración de un viajero en el seno de las vastas soledades alpinas, más bien que las sensaciones de un poeta, es lo que voy á procurar referir aquí en pocas palabras.

«La antigua voz delfinesa *Chartreux* (Cartujo) significa literalmente *recluso*, y por extension un desierto; sea ó no sea exacta esta etimología, ningún monumento anterior á la llegada de San Bruno y de sus compañeros á aquel país, hasta entónces inculto y despoblado, puede atestiguar si los religiosos impulsieron al país el nombre de su Orden, ó si le tomaron de él, punto poco importante (1). El valle de la Gran Cartuja es una prolongación del de San Lorenzo del Puente, y está como encajado en una cerca de altas montañas calcáreas cuyas cimas están cubiertas de nieves eternas. Penétrase en él por dos caminos: uno de los

cuales, que corta el monte Eynard, ha tomado su nombre de la aldea de Sappey, construída á la entrada del valle, en la falda Norte de dicha montaña; el otro pasa por San Lorenzo del Puente, lugar importante del que los Cartujos eran *señores* antiguamente. Por este lado ha prodigado la Naturaleza las escenas más terribles: una senda angosta, y casi siempre inundada por las aguas que provienen de las nieves derretidas, está por todos lados rodeada de horribles precipicios, en el fondo de los cuales rugen las aguas de los torrentes, cuya gran voz, repercutada por mil ecos, llena la soledad con su agreste armonía. Los peñascos que dominan aquel camino ofrecen en sus grietas y en sus infinitas quebradas una elocuente tradición de alguna antigua lucha entre los elementos: aquí se ven agudos picos que alzan sobre las nubes sus tristes y peladas cimas; allí vastas superficies, arrasadas por las tempestades de muchos siglos, extienden á lo lejos sus masas calcáreas desnudas de vegetación y de vida; allí montañas cubiertas de la triste verdura de los pinos, parece que salen como islas del seno de aquel inmovible océano, en el que borrascas más antiguas que el hombre han dejado estampados eternos rastros de su paso asolador.

«El camino de Sappey, que, segun tradicion, es el que siguió San Bruno cuando inspirado por Dios fué á descubrir aquel mundo, entónces desconocido, ofrece más variedad de accidentes pintorescos, cuyo armonioso conjunto dispone el alma á otras sensaciones. Por esta parte, á lo ménos, no se recorre ninguna zona absolutamente estéril; por do quiera la Naturaleza, agreste y severa, ostenta también, de cuando en cuando, algunas sonrisas de verdura y de flores. Las laderas de la montaña que costea el camino están cubiertas de altos pinos, y las limpidas aguas del Guiers que bañan su base y que se cruzan sobre un puente de atrevida construcción, echado sobre dos elevadas peñas para llegar á las puertas del antiguo solar de los Cartujos, vienen pronto á regocijar la vista y á mezclar su vago murmullo al de las perfumadas brisas que bajan de las alturas.

«Por los años de 1084, bajo el pontificado del célebre Urbano II, cuando ocupaba San Hugo la silla de Grenoble, un mancebo de noble estirpe fué con alguno de sus compañeros á fundar el monasterio de la Gran Cartuja. No podríamos recordar aquí en pocas palabras la patética historia de aquel apóstol, reproducida en una serie de cuadros por Lesueur (1), sin hacerla perder gran parte de su belleza: asunto es este que reclama un trabajo particular y meditaciones especiales. Numerosas vicisitudes han herido aquel monumento del fervor de los tiempos antiguos, destruído por el fuego en varias ocasiones, completamente talado dos veces por los calvinistas, siempre se ha reconstruído sobre los cimientos echados por San Bruno, y todavía ofrece en algunos puntos vestigios de su origen; pero por todas partes la mano del tiempo, como la del hombre, ha estampado en él mudanzas que dan testimonio de las agitaciones de esta vida deleznable.

«El monasterio está fundado al pié de una alta montaña que describe á lo lejos una gran curva, de modo que guareciéndole de los vientos del Norte, tapa su vista: es preciso estar ya muy cerca de él para verle, y la cruz de su campanario, que parece como que se lanza del seno del bosque, se ofrece como un signo de salvación suspendido allí entre el cielo y la tierra.

(Se continuará).

(1) El Diccionario de la Lengua Castellana, en la definición de la voz *Cartuja*, dice: «Tomó este nombre la Orden del sitio en que se fundó la primera casa.»

(1) Esta bellísima galería se halla en el Museo del Louvre, en París.

LA ROSA Y LA ZARZA.

FÁBULA.

Murmuraba impaciente una rosa naciente del cautiverio duro que sufría, porque una zarza espesa la tenía con sus punzantes vástagos cercada. «Yo, sin cesar decía, yo no disfruto aquí, ni sé de nada, sin un rayo de sol, tasado el aire, desperdicio, de todos ignorada y entre espinas incómodas reclusa, mi fragancia, colores y donaire.» La zarza respondió: «jóven ilusa, tu prevision escasa, del bien que te hago, sin razon me acusa. Bajo mis ramas á cubierto vives del sol canicular que nos abrasa: el golpe no recibes del granizo cruel que nos deshoja: y ese muro de espinas que te enoja, defiende tu hermosura de que una mano rústica la coja.» La flor entónces, de despecho roja, «¡malhaya, replicó, la ruin cordura que de riesgos que no hay tiembla y se apura!» No fué la maldicion echada en vano: á los pocos momentos un villano llega con la cortante podadera: la despiadada mano descarga en el zarzal, hiere, destroza, y tan completamente me le roza, que ni un retoño le dejó siquiera. Poco de la catástrofe se duele, persuadida la rosa de que gana, quedándose sin aya que la cele. Descanse en paz la rígida guardiana. ¡Qué feliz su discípula es ahora! Bañada en el relente de la aurora, descoge con orgullo su tierno y odorífero capullo; princesa de las flores la proclaman los pájaros cantores. Pero el viento la empolva y la molesta, sol picante la tuesta, la ensucia el caracol impertinente con pegajosa baba, y apenas se la enjuga cuando voraz la oruga su venenoso diente una vez y otra vez en ella clava. Se descolora la infeliz, se arruga, y una ráfaga récia de solano desparramó sus hojas por el llano. Es el recogimiento condicion de las jóvenes precisa: falta en la juventud conocimiento del suelo que se pisa. La que deja imprudente su guía fiel y recorrer intente la senda de la vida peligrosa, tema la suerte de la indócil rosa.

J. E. HARTZENBUSCH.

MAGDALENA.

NOVELA ORIGINAL DE LIA CRESSEDEN.

(Continuacion.)

«Magdalena á Valentina.

Fuerza es que me someta. ¿Qué piensas de mí, querida? ¿No es horrible el estar detenida aquí, cuando un viaje á Nantes sería tan fácil? Quisiera hablar contigo de la Madre Ambrosia; ningún gozo, por imperfecto que sea, me es permitido. ¡Oh! ¡qué penoso es no poder nunca pensar de viva voz, encontrar sin cesar la contradicción ó la ironía, querer sacrificarme, mortificarme sin ningún éxito visible, sin recoger una pizca de verdadero cariño! Estas majaderías cotidianas, estas recriminaciones perpétuas me duelen y me desaniman. Cuando ya no puedo más, pienso en Madre Ambrosia, y le pido que me lleve al cielo.

¿Te vas, querida Valentina? ¿Cuándo nos volveremos á ver? Te escribiré á menudo, sin que lo sepa la señora de Bord, que no dejaría de ver esto como crimen de Estado. Dispone de mi tiempo como si le perteneciese. ¿Se puede sufrir esto? ¿Es creíble? La fortuna de mi madre se citaba en el país, me ha dicho Teresa. ¿Y cómo es que soy pobre? Las confidencias de mi madrastra sobre este asunto son muy insuficientes; pero la delicadeza me prohíbe hablar de ello á mi padre, al que podría dar pena mis preguntas.

La señora de Bord se ha dignado enterarse de que mi pobre *toilette* no iba bien con el lujo de Valvert; me ha comprado muchos vestidos de colores sombríos y austeros, que me dan una semejanza vaga con la canonesa de Munich, tía abuela de mi madre.

He asistido á una gran comida, en donde estaba reunida toda la nobleza de los alrededores. Los vestidos eran brillantes; pero ninguna beldad podía rivalizar con mi madrastra. Oí á uno de mis vecinos que la llamaba la reina Topacio. Cuando se pasó al salón me puse en un rincón, detrás de una jardinera, y pude con facilidad ver sin ser vista. Comprendo las fascinaciones del mundo. Para el que no conozca otra felicidad, debe ser muy agradable vivir en medio de esta embriaguez, de estas lisonjas, de estas dulces miradas, de estas alegres sonrisas; cuando se lleva una diadema de juventud y de frescura, mezclarse con estos grupos radiantes, pasar rosa ó azucena entre las flores y los perfumes, ¡esto es embriagador!..... ¿Por qué estoy yo desterrada de este círculo brillante? Me dirás que nadie me lo ha prohibido; pero, Valentina, todos estos nobles personajes me son desconocidos. Era la primera vez que no estaba relegada al segundo piso. Tenía mi traje blanco, nuestro querido uniforme de los grandes días; así lo había mandado la señora de Bord.

Oí pronunciar mi nombre por su voz burlona.

«¿Dónde se esconde esta huraña criatura?..... ¡Magdalena!»

Hubiera querido estar á cien leguas.....

Me adelanté, confusa, sintiendo que mis mejillas abrasaban ante las miradas curiosas que me rodeaban. Había entrado en el comedor entre el tropel de los convidados.

La señora de Bord me presentó á sus amigas; saludé sin oír, sin ver, y cumplido este deber de madrastra, reprimió un suspiro de satisfacción, y me dijo al oído:

«Teresa te espera para un trabajo que corre prisa.»

Esta era una orden; obedecí, y mientras resonaban los alegres acordes del piano bajo las bóvedas sonoras, y las parejas bailaban, tu amiga, á la luz de una lámpara, repasaba cuidadosamente los encajes de su madrastra. Una parte de la noche se empleó en esto, y tuve que calmar la indignación de mi buena Teresa.

«¿Qué madrastra!» dijo ella.

«¡Ay! lo mismo pensaba yo.»

Al día siguiente, grandes reproches por mi torpeza, mi incivilidad, mi timidez de colegiala, mis ridículas reverencias, mi completa nulidad. El tono sarcástico de la señora de Bord y la extraña fijeza de su mirada me harían entrar debajo de tierra; pero lo que más me aflige es que mi padre la cree, y me demuestra, en consecuencia, una verdadera frialdad.

Querida Valentina, ¿qué serán estas miserias miradas desde la eternidad?.....

¡Que mi santa madre sea vil veces bendita por haberme confiado á otras madres que me han enseñado el verdadero fin de la vida y la recompensa del sufrimiento!

Digo la oración de Madre Ambrosia:

«¡Oh Señor! ¡os amaré en mis tribulaciones y en mis goces; atraedme á Vos por encima de todo lo que pasa, por encima de todo lo que muere!»

Escríbeme; dime que me quieres siempre; culpame, condéname; eres mi más fiel consejera. Da las gracias de corazón á la señora de Guercy. ¡Oh! ¡qué de buena gana cambiaría el vivir en Valvert por vivir en España!

«Valentina á Magdalena.

¡Pobre amiga! ¡Cuánto sufrimiento! Mi madre está tan triste como nosotras. El silencio de la señora de Bord nos hace comprender la acogida que nos esperaba en su casa, y para no darle ocasión á que la tome contigo nos abstendremos de ir. Me parece que tu cuartito te hubiera parecido bonito, después que

hubiéramos hablado en él las dos. Mi madre, cuya experiencia vale más que mi temeridad, dice que es prudente no disgustar á la señora de Bord; Dios te inspirará los medios de poder llegar hasta esta alma un día ú otro, sobre todo instruyendo á sus hijos.

Querida Magdalena, nuestra casa siempre está abierta para tí; paciencia, y si cuando seas mayor de edad, lo que no parece posible, tu madrastra te demuestra la misma hostilidad, iremos á buscarte, te lo prometo.

Hasta muy pronto; no sé lo que dirá mi madre de las líneas que preceden; pero estoy resuelta á obrar de ese modo.

El coche nos espera; no tendré nunca otra amiga que tú. Dirige tus cartas á San Sebastian; allí nos esperan.»

«Magdalena á Valentina.

Otra prueba aún, pero de tal naturaleza, que mi alma está en plena rebelión.

La señora de Bord me ha prohibido, prohibido formalmente, escribirte más de una vez al mes. Resistir es imposible con ella; sin embargo, me he atrevido á decirla:

—¿Aprueba mi padre una prohibición tan cruel?

—Tu padre no tiene nada que ver en esto, niña indócil; estás bajo mi absoluta dependencia, y no sufriré de ningún modo que se sospeche de mi autoridad. No eres nada aquí; tendré cuidado de recordártelo.

He devorado mis lágrimas; para qué luchar; ¿por qué le he sido entregada ligada de pies y manos? Todo le desagrade en mí; ella lo dice bien alto. Tiene el secreto de persuadir á mi padre que no me hago querer de los niños; que tengo exigencias inauditas con «estos queridos inocentes, acostumbrados á la indulgencia de su madre;» me reprende por todo; si estoy alegre, la impaciento, la causo jaqueca; si hablo, no tengo reserva; si me callo, medito alguna maldad. Valentina, esto es tan absurdo, que no puedo decirlo más que á tí; se creería que deliraba.

La alta elegancia que frecuenta los salones de la señora de Bord, la considera como una mujer superior; he oído alabar su juicio, su razón, el modo admirable de cumplir sus deberes maternos. ¿Cómo es que yo no he encontrado ningún favor á sus ojos? Demasiado visible es que me aborrece, que soy para ella un sér inútil; y sin embargo, Valentina, mi vida es un trabajo continuo, y el pan que cómo es el pan de la limosna.

Me levanto á las cinco; después de mi oración y meditación, estudio el piano hasta las siete. El pabellón está bastante distante para que mis acordes no molesten á nadie; la señora de Bord todo lo ha previsto. En seguida voy á misa, y por este favor sufriría muchas contradicciones; esta media hora tengo que recuperarla en el curso del día. Después trabajo en una obra de tapicería, cuyo honor debe ser para mi madrastra, que le gusta exhibir su blanco brazo en el bastidor; pero no hace, según me parece, más de tres puntos al día; no procedía de ese modo la ilustre Penélope. A las ocho, Ana, Juana, Mauricio y Roberto aparecen en el pabellón; hasta la hora de almorzar, éste está sujeto al capricho de la señora de Bord, que le horroriza ver amanecer. La recreación dura dos horas para los niños; después de diez ó quince minutos de paseo, voy al cuarto de planchar, donde hay mucho que hacer siempre. La campana me llama á las lecciones. Se come á las seis; después, los días que la señora de Bord no recibe, va á hacer visitas. Ana y Mauricio van por lo regular con ella; yo me quedo al cuidado de los otros tres. A ménos dé una orden contraria, me está prohibido el velar después de las diez; á esa hora apago la luz, y me pongo á rezar delante de mi ventana. El espectáculo de estas hermosas noches de verano, tan magníficas, tan apacibles, me consuela en mis dolores; reflexiono que Dios, mi verdadero padre, no me abandonará nunca, y me quedo dormida con esta esperanza.

El domingo no es para tu amiga un día de descanso; me imponen muchas obras liberales; además, un pianista célebre, que ha venido á pasar el verano en casa de uno de nuestros vecinos, viene por la noche á Valvert, y me da una lección larguísima.

«Sea V. severo, caballero, os lo suplico, por el interés de mi hijastra.»

La recomendación me parece que era supérflua; mi artista es un verdadero cancerbero; una nota falsa ó un error de compás le ponen furioso; seguramente

no es malo el buen hombre; no le tengo ningun rencor. Pero todos los lunes tengo que sufrir las quejas de la señora de Bord por mi pereza, mi testarudez, mi poca aplicacion. El régimen que sigue le llama «la segunda educacion», y mi padre le agradece mucho los trabajos que pretende sufrir por causa mía. ¡Cuán preferible era mi primera educacion! ¡Oh convento de Nuestra Señora, qué suave fuistes para la pobre huérfana!

Puedes figurarte lo difícil que me será el obtener la sumision de mis discípulos, que están seguros de estar sostenidos por su madre. Camila es muy amable conmigo. Antes que yo llegara, cada uno hacía lo que quería, trabajaban poco; de modo que soy un espantajo para estos pobrecitos, acostumbrados á buscar sus satisfacciones en el lujo y en el placer.

Mi padre no sabe nada de todas estas luchas. Nunca puedo verle á solas; mi madrastra tal vez tenga interés en impedirlo, porque un día en que le demostré deseo de ver á mi padre, me dijo con dureza:

«Ve á tus quehaceres y déjanos. Tu padre está ocupado y no tiene tiempo de hacer el sentimental contigo.»

Valentina; ¿esperas tú aún que yo pueda cambiar el corazón de esta mujer que me ha arrebatado el de mi padre, con mi docilidad y mi abnegacion? ¡Ah! me apoyo en Dios, bueno y poderoso; ¿qué tengo que temer?

No me escribas más, mi buena Valentina; nuestra correspondencia es sospechosa como mi persona; está dicho que la señora de Bord me atormentará sin piedad.

Estoy indignada; pero esta última herida sobrepasa en rigor á todas las demás.

Me extrañaba tu silencio; contaba los momentos; temblaba al pensar en los accidentes posibles; pero te confieso que no sospechaba de la perfidia de mi madrastra. ¡Quién sabe si tú no me has escrito muchas veces, es por estar también inquieto! Antes de ayer me encontré en el vestíbulo al criado que llevaba el correo de la mañana. Reconocí tu letra en un sobre, y di un grito de alegría:

«Esta carta es para mí, Fermín.

—Todo se lo debo dar á la señora.»

Pensé que esto no era sino un retardo; esperé.... La señora de Bord no me habló de esta carta tan deseada. Olvidé todas mis resoluciones de cachaza y de silencio, y á la hora de la recreacion, en la que por lo regular mi madrastra está sola en su tocador, corrí allí, excitadísima y febril.

«Por favor, señora, ¿no habeis recibido esta mañana nada para mí?»

Con qué desden tan tranquilo me respondió:

«Nada absolutamente.»

Aún esta vez la indignacion fué más que la prudencia, y exclamé:

«He reconocido mi nombre y la letra de Valentina.»

La mirada de la señora de Bord era furiosa.

«¡Muy bien! Admiro tu moderacion, señorita. Sin duda tienes la direccion de mi casa! Tu espionaje merece ser castigado. Mira esta famosa carta; te mando que la quemes aquí delante de mí.»

Entonces me recordé de la sentencia favorita de la Madre Ambrosia: «Hay más mérito en aceptar con buena voluntad los sacrificios forzados, que en imponerse otros muchos más terribles.» Tentada violentamente, por otro lado, de insurreccionarme contra una orden tan terrible, miré á mi cruel juez como para implorar su misericordia; pero leí en sus ojos un odio violento. Entonces, la buena inspiracion venció; quería más bien ser la oprimida que la madrastra. Tomé un fósforo y quemé, despues de haber besado, esta hoja querida, de la cual nuestra amistad hubiera hecho una reliquia.

La señora de Bord dejó oír una risita seca.

«Ahora siéntate y léeme *La Moda*; me parece que tengo sueño.»

Se extendió en un sofá, y, afirmando mi voz, leí, poco más ó menos, media hora. Mi madrastra saboreó su venganza; yo estaba enfrente de ella, podía decirse que había pisoteado mi corazón. Cuando se cerraron sus grandes ojos burlones, salí muy despacio.

Todo estaba explicado; no me escribas más, Valentina. ¿En qué han podido disgustarle á la señora de Bord nuestras relaciones? Tu carta no ha sido abierta; tal vez me la hubiera dado más tarde, y le ha disgustado mi precipitacion. Siento mi vivacidad....

Teresa dice que estoy adelgazando horriblemente; la reclusion á que me veo condenada no es á la que estaba acostumbrada. Tengo tan pocos motivos para tener apego á la tierra, que la certeza de dejarla muy pronto me alegraría; pero la pena no mata. ¿Cuánto tiempo sufriré este yugo? ¿Cuándo estaré libre? ¡Tal vez nunca!

Teresa echará ella misma mis cartas al correo; con tal que la señora de Bord no tenga el capricho de detenerlas también! No quiero desobedecerla; pero qué largo se me hace un mes!

He concluido un trabajo gigantesco, un sillón á punto pequeño. Me ha entretenido mucho tiempo. La sociedad de mi madrastra se ha extasiado de su paciencia y su actividad de hada. Yo estaba allí.... La señora de Bord sonreía muy satisfecha.

«Ahora conozco la causa de tus jaquecas, Valeria, dijo mi padre. Seguramente este es un trabajo admirable; pero tu salud me es más cara que las tapicerías de la reina Matilde, y te suplico que te cuides, amiga mía.»

«Es verdad, sufro, dijo ella con lentitud.»

—Os curaría una temporada á las orillas del mar, — dijo alguno.

—Y bien, señora, partid, y todos os seguiremos, — exclamó el marqués de Bolvair, — una especie de estornino que se admira de cada palabra de la señora de Bord.

—Así, pues, ¡quien me quiera que me siga! — exclamó ella alegremente. — ¿Lo permites, Hector?

Mi padre le besó la mano en señal de adhesion, y la expresion de triunfo que pasó como una llama por la fisonomía de mi madrastra, no se puede explicar.

Se fijó el día de la marcha; y como por extraordinario este jueves era un gran día de asueto para mis discípulos, me refugié en mi cuarto y lloré á lágrima viva. Me parecía tener en el corazón un sentimiento

que había ignorado hasta entonces; ¡estaba celosa!

¡Sí; ¿lo creerás? Estaba celosa de mi madrastra; celosa del ardiente amor que inspira á mi padre; celosa de su hermosura, de su gracia, de su primacía, de sus victorias! ¡Oh! ¡cuánto la odiaba en este momento! ¡Cómo deseaba devolver uno á uno todos los sufrimientos que me había hecho sufrir! ¡Qué no hubiera dado por tenerla entre mis manos y anonadarla en su orgullo!

¡Pobre Magdalena, dirás tú! ¡Oh! ¡Verdaderamente era digna de lástima en este delirio, y aún pido perdón á Dios! Esto es horroroso, ¿no es verdad? Esto es bajo; tengo vergüenza de mí misma. No; no daré á esta mujer si estuviese en mi poder. Mi padre es dichoso; no piensa más que en ella; va á París ó á Londres para traerle una alhaja, una flor. Pero ¿no podía haberme olvidado para siempre en esta soledad de Nuestra Señora, en donde la virtud era tan fácil? ¡Mira qué débil soy! ¿No ha perdido el convento ya sus encantos? ¡No existe ya la Madre Ambrosia, y aunque la epidemia no hubiera forzado á tu madre de llevarte más pronto, hubieras salido de todos modos en las vacaciones para no volver!

He hecho el retrato de Camila; Ana se lo ha enseñado á su madre sin yo querer; me he equivocado creyéndolo parecido, porque mi trabajo ha sido declarado un mamarracho, y lo ha devorado el fuego. La señora de Bord me ha reprendido delante de mi padre, y muy severamente, por algunas diabluras de sus hijas, de las que me ha querido hacer responsable. He creído que debía excusarme en términos comedidos, y retirándome he oído formular esta sentencia sin apelacion:

«Magdalena tiene una naturaleza mala de raíz.»

Déjame que te lo diga, Valentina; nunca esta mujer dejará de aborrecerme; jamás encontrará en mí la sombra de cualquier talento; jamás amará á esta sosa, bachillera, que por desgracia es su madrastra.»

Y quisiera, sin embargo, por mi padre, ganar su cariño, merecer su benevolencia. Si llego á conseguirlo, lo deberé á tus oraciones.

El 26 será el cumpleaños de la señora de Bord. Mi padre tiene la costumbre de dar en este día una fiesta espléndida; todo está ya en rumores de preparativos; las niñas le ofrecerán esos regalitos que encantan á las madres. No debo presentarme en esta fiesta con las manos vacías; bordo para mi madrastra unas babuchas; te gustaría el dibujo; pero con ella no tendrán esa suerte, me lo temo. Ayudo á mis hermanas, que me dejan de buena gana lo más difícil, y por este lado tampoco, ninguna prueba de cariño en pago.

Mi camino es muy árido.

Adios, querida mía; hago violencia á mi corazón; pero he oído la inexorable campana. ¡Cuánto sufro diciéndote: No me escribas más! Dile á la señora de Guercy que la quiero á la par tuya.

¡Qué hermoso es tener una madre! ¡Que Dios te bendiga, á tí, sobre todo, querida Valentina, á quien quisiera tanto parecerme! — (Se continuará).

Madrid, 1880.—Imprenta Hispano-Filipina, Plaza del Bombo, núm. 4.

SECCION DE ANUNCIOS.

SUMA FILOSÓFICA DEL SIGLO XIX

ó SEA

DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Coleccion de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático sobrenatural, filosófico, científico, político y social, formada

POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, merece llamar la atencion del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas de impresion á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos de tamaño ordinario; su precio: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44. El tomo intitulado *O'Connell, El Antecristo y la revelacion de San Juan*, consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos: en rústica (total de la obra 95 tomos), 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar), se añadirán al precio en rústica 2 rs. y 3 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, Librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de estos volúmenes se dedica íntegro al Dinero de San Pedro.

PUNTOS DE DESPACHO:

Barcelona: Jaime Oliver, Mendizábal, 14; Pons y Compañía, Archs, 8; Sucesor de la Viuda de Plá, calle de la Princesa; Viuda é hijos de Subirana, calle de la Puertaferri; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva.

Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Viuda é hijo de D. Eusebio Aguado, Pontejos, 8; Sres. Perdiguero y Comp.ª, San Martín, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

GRABADOS.

Se venden y alquilan los de LA ILUSTRACION CATOLICA á precios convencionales. Los que los soliciten pueden dirigirse á la Administracion de la Revista, Estrella, 7, segundo. Madrid.